

sobre todo las "concomitancias" y "similitudes" de tema o imagen (como en la relación de Cernuda y Garcilaso que expone en el capítulo 3).

Al estudiar la presencia de Hölderlin en *Invocaciones* (cap. 6), Delgado realiza el trabajo más feliz e independiente de su libro: Hölderlin es confiado e íntimo en su acercamiento a la naturaleza, Cernuda es conceptual y meditativo; para Hölderlin el poeta es un trágico intermediario entre Dios y los hombres, para Cernuda es "un aislado contemplador de la belleza que previamente ha reconstruido, ayudado por la mitología" (p. 176). Con todo, Cernuda encontró en Hölderlin "recompilación de materiales o ángulos de expresión poética nuevos" (p. 183). En un apéndice, Delgado revisa la "Literatura crítica sobre Cernuda". Ciertos verbos en futuro delatan que el lugar de ese "apéndice" estaba al comienzo en la versión original de la tesis. Se trata de una labor organizada y útil en la que no oculta su preferencia por el libro de Elisabeth Muller (*Die Dichtung Luis Cernudas*) y por el artículo de Octavio Paz.

Es posible que estos libros y colecciones de artículos (salvo excepciones notadas y notables) pertenezcan ya a un pasado prescindible, pero, desde luego, no parece que haya sustitutos para ellos. Es evidente, por una parte, que se apoyan unos en otros, menos para crecer que para reproducirse; es importante, por otra, que en casi todos se eche de menos el uso o el mero conocimiento de métodos críticos, sobre todo de los que han dominado en la crítica literaria europea y americana del siglo xx: formalismo ruso, *new criticism*, estructuralismo, estilística, lingüística... etc. Se trata, pues, de una crítica que, en general, parece haber llegado a un *impasse*, pero a la que esa situación le permite, con todo seguir dando vueltas sobre sí misma.

LUIS FERNÁNDEZ-CIFUENTES

Princeton University.

CARLOS GARCÍA, *La desordenada codicia de los bienes ajenos*. Ed. crítica, introd. y notas de Giulio Massano. José Porrúa Turanzas, Madrid, 1977; 215 pp. (*Studia humanitatis*, 3).—El doctor Carlos García es una figura enigmática de la literatura española. Poco se sabe de él. Fuera de dos documentos contemporáneos que lo mencionan, este autor no parece haber dejado otras huellas biográficas en la documentación del siglo xvii. Marcos Fernández, un emigrado español en París, lo describe en su *Olla podrida a la española* (Amberes, 1655) como "elocuente en las lenguas, goloso i bevedor". Ha sobrevivido también otro testimonio, una deposición al proceso de Leonora Galigañ, la esposa de Concini, el favorito de Luis XIII. Aunque no se sabe el motivo que obligó a García a presentarse ante los jueces, de su declaración se deduce que tenía aproximadamente treinta y seis años en 1617 (la fecha del documento), que estuvo por algún tiempo injustamente encarcelado, que practicaba la medicina, que se consideraba matemático y filósofo, y que era buen amigo del médico portugués Montalto, un *juif de créance* de la comunidad hispano-portuguesa en la capital gala durante los primeros lustros del siglo xvii. Las demás conjeturas sobre su vida se recogen de su propia obra, *La desordenada codicia de*

los bienes ajenos (París, 1619), y *La oposición y continuación de los dos grandes luminaires de la tierra* (Cambrai, 1622).

Esta última es una miscelánea autobiográfica, de exageradas aventuras apócrifas al estilo de las *rodomontadas*, en que se relata el difícil proceso de adaptación de los españoles recién llegados a París a principios del siglo xvii. La primera es uno de los opúsculos más interesantes y olvidados de la prosa del Siglo de Oro, además de uno de los tempranos ejemplos de la literatura española de los expatriados, fenómeno éste que se ha convertido en uno de los grandes rasgos de las letras hispánicas desde la época en que vivió el doctor García.

La edición crítica de Giulio Massano de *La desordenada codicia* intenta salvar del olvido el talento literario de Carlos García. Basada en la edición *princeps* (París, 1619), el texto de Massano es, en mi opinión, el mejor que se ha publicado en tiempos modernos; supera, con mucho, el que publicó Ángel Valbuena Prat en su libro *La novela picaresca española* (Madrid, 1946, pp. 1155-1195). Además de ser la edición moderna filológicamente más correcta, la de Massano tiene un amplio aparato de notas al pie en las que se explican curiosidades lingüísticas, alusiones oscuras, y abundantes voces de germanía que aparecen por toda esta *biografía ladronesca*. Al final del texto se incluye también un índice analítico muy útil.

Precede al texto de *La desordenada codicia* un largo estudio. En el primero de los cinco capítulos que lo componen se reúnen de manera esquemática los pocos datos biográficos de Carlos García. Aunque el editor no añade nada de nuevo, su síntesis da buena idea del trabajo de investigación todavía por hacer respecto a la vida de este autor.

En el capítulo 2, Massano examina los vínculos entre *La desordenada codicia* y la picaresca; concluye que, aunque la obra se "aproxima a las... mayores del género picaresco no sólo en la técnica narrativa, sino también en presentar la real existencia de un desdichado que... se encamina concienzudamente en una vida fuera de la ley..." (p. 20), no pertenece al género del *Lazarillo* y el *Guzmán*. Pero creo que Massano llega a esta conclusión porque concentra su atención en el personaje central y en el mundo de ladrones en el que se mueve, que es diferente del mundo de Lázaro y Guzmán, en vez de detenerse en la estructura narrativa como clave determinante del género picaresco. A partir del capítulo 3, *La desordenada codicia*... se vuelve autobiográfico; desde ese momento, su narración linda estrechamente en el punto de vista picaresco que es la esencia del género. De hecho, la visión *a posteriori* del ladrón Andrés, coloreada por su personalidad ambivalente, es lo que da coherencia a los sucesos narrados, y hace que la narración no degenera en una serie de cuentos aislados de la vida delincuente. Por otra parte, el relato que Andrés hace de su vida al "oyente" es comparable con la que hace Lázaro a *vuestra merced*, aunque el recurso, narración en vez de epístola, sea diferente.

En los demás capítulos de la introducción se estudia el didacticismo de la novela (cuestión que, creo, no se podrá resolver hasta que se indague más en su estructura), y el estilo (una lista de metáforas, latinismos, refranes, etc., que emplea el autor). Hay además, un capítulo, en mi opinión el más completo de este estudio crítico, dedicado a la bibliografía de y sobre la obra de García. Aunque la explicación del sentido y la naturaleza de la obra del doctor García todavía está por hacer, Massano merece el agradecimiento de los estudiosos de la literatura del Siglo de Oro por su diligencia en preparar el texto y por la espléndida bibliografía que ha reunido.—E. MICHAEL GERLI (Georgetown University).